

plata, ni desean tampoco la muerte de ningún israelita que no sea de la casa de Saul; que ya que el propósito de éste había sido su completo exterminio (LXX), el crimen solo podía ser expiado con sangre de Saul; que David les entregue siete descendientes varones de Saul para que los ahorquen ante Jehova en Gabaon (1). David consiente en ello, pero salva a Meribaal por la amistad que le había ligado a su padre Jonatan. Son entregados a los gabaonitas los dos hijos de Saul y de su concubina Rispa, Armoni y Meribaal, y cinco hijos de Adriel y Merab (2), hija de Saul, y ahorcados por ellos en el monte, delante de Jehova, al empezar la siega de la cebada. Cuando la infeliz Rispa tiene noticia de esto, se va al monte vestida de luto, y postrada a los pies de los muertos, aparta de ellos las aves durante el día y por la noche las bestias del campo; así les guarda hasta que llueve sobre los cadáveres en señal de que el cielo reconoce que está expiado el pecado. Tuvo David aviso de la abnegación de Rispa, y en su vista envía a buscar a Jabes los huesos de Saul y de Jonatan, y manda recoger los de los ahorcados, que son enterrados todos juntos (3) en el sepulcro de Kisch. Y Jehova volvió a ser misericordioso con la tierra.

Sería desconocer por completo la época de David si se quisiera atribuir la muerte de los saulitas a excitaciones arteras de éste; fueron meras víctimas de las ideas religiosas, todavía muy primitivas, de aquella época. David sacrificó a los saulitas pura y simplemente por temores de conciencia, y ningún coetáneo suyo ha considerado este suceso bajo distinto punto de vista (4). Ciertamente que entonces no se componían los salmos de nuestro Salterio.

Este relato viene, como apéndice, a continuación de otro de hechos posteriores de David. Como el acto de Saul con Gabaon estaba todavía tan vivo en la memoria de todos, no podemos fijar al de su expiación una fecha mucho más moderna que la de la ida de Meribaal a Jerusalén. Quizá, por el contrario, el cruel fin de los ahorcados en Gabaon fué causa de que David se mostrase misericordioso con el hijo de Jonatan.

IV. Altos dignatarios y ejército de David. La gran peste. Guerras exteriores.

Hemos hecho ya mención, repetidas veces, del jefe militar de David, Joab, hijo de Sarvia, hermana de aquel. Era un hombre violento, astuto y ambicioso, como tendremos todavía ocasión de demostrar, pero al propio tiempo, por su arrojo temerario, el más firme apoyo del rey. El cargo de *sopher* ó escriba, ó sea el de redactar y despachar los documentos de Estado, ó como diremos en adelante, de canciller, estaba desempeñado por Sasa (5). El historiógrafo del reino — *máshir* — era Josafat-ben-Achilud, inspector de las servidumbres de Adoram. Como sacerdote conservó David a Ebyatar, de la familia de Elí, el cual había participado con él en todos los peligros de su azarosa vida desde su huida de casa de Saul. Posteriormente — no se nos dice en qué época — tuvo David otros sacerdotes, entre ellos Sadoc, tronco de los que en tiempos posteriores se hacían derivar de Aaron, hombre de cuyo origen no se nos da noticia alguna (6), é Ira, del

(1) En el texto masorético se dice erróneamente: *en Gabaon de Saul*. La ejecución debía efectuarse en el mismo lugar del crimen.

(2) Por equivocación dice el texto masorético: Micol.

(3) Así lo dice expresamente la versión de los LXX.

(4) Los sucesos que siguieron en Atenas a la matanza de los quilonidas son el mejor paralelo de éste. Véase Hertzberg: «Grecia y Roma», tomo I, págs. 110 y 111.

(5) LXX, 2. Sam., 8, 17. El texto masorético: Seraya. En favor de los LXX atestiguan 1. Reyes, 4, 3, donde se designa a este individuo con el nombre de Schischa.

(6) Véase 2. Sam., 8, 17, en Wellhausen.

clan manasético Ja'ir. Funcionaron también como sacerdotes, según 2. Sam., 2, 18, los hijos de David.

Creó David una institución, merced a la cual tuvo su gobierno mucha más seguridad que la que jamás pudo tener el de Saul y de Eschbaal, á saber: una guardia personal. Formarían ciertamente el núcleo de ésta los sobrevivientes de aquellos atrevidos camaradas que habían hecho vida de merodeadores con David en el fuerte de Adullam, en los desiertos de Ziph y de Engaddi y después en Siclag. Es probable que esta guardia se compusiera de unos 600 hombres y que se reclutara también, como casi toda tropa mercenaria, entre extranjeros, y no hay duda que había en ella gran número de filisteos. No habiendo ya gloria que conquistar peleando contra David, era muy natural que todos los valientes de profesión fueran a ponerse bajo sus banderas en busca de ocasiones de presas y aventuras. Además muchos guerreros filisteos habían tenido ya relaciones con David en Siclag y en Hebron. El nombre oficial de estos guardias era *gibbórim*, ó sea los héroes; mas como entre ellos había muchos filisteos y cretenses, el pueblo los llamaba también *keréti* y *peléti* (ceteos y pheleteos) (7). Era su jefe Benajahu-ben-Joyada (8).

Con semejante cuerpo de 600 hombres, avezados al oficio de las armas, se podía hacer mucho en aquellos tiempos, y era, ante todo, una garantía de la autoridad real. No bastaba su número para las grandes guerras; pero cuando solo se trataba de rechazar los ataques de pueblos extraños, no había más que agregarle el contingente popular, que según la antigua costumbre se convocaba por medio de toques de cuerno, de fogatas, de mensajeros, etc., etc. Al frente de estas fuerzas populares (*saba'*) se encontraba Joab. Así que David tomó la ofensiva contra los pueblos vecinos y hubo necesidad de emprender verdaderas campañas, debió de ser muy pesado un llamamiento general en la forma antigua. Sin embargo, parece que David solo después que repetidos experimentos le hubieron aleccionado, se cuidó de repartir las cargas del servicio militar entre todas las tribus en manera más equitativa y menos opresora. La primera condición para esto era un censo de los varones aptos para las armas en Israel, y si estamos bien informados, David no lo realizó sino después de terminadas las grandes guerras que emprendió contra los arameos.

Por orden de David procedieron Joab y los jefes subordinados a éste a formar el censo, cuyo recuerdo se conservó en la memoria del pueblo, porque poco después estalló una peste, la cual fué considerada como consecuencia de aquel alistamiento. Créase que Dios había querido castigar con ella a David por su soberbia al mandar hacer el censo (9). De estos hechos trata el 2. Sam., 24 (10), relato que tiene carácter de leyenda, como ya se desprende de que Joab contara 800,000 guerreros israelitas y 500,000 judaitas; pero es interesante, porque indica el viaje de Joab por la comarca oriental del

(7) Mucho se ha extendido la opinión de que los *keréti* y *peléti* eran un cuerpo distinto del de los *gibbórim*, apoyándose en 2. Sam., 15, 18, donde detrás de aquellos se hace mención de los 600 *gibbórim*; mas esto es debido a una intercalación. La identidad se desprende claramente comparando entre sí los v. 1. Reyes, 1, 8, 10, 38.

(8) En 2. Sam., 23, 8 y siguientes se encuentran varias anécdotas sobre determinados *gibbórim*.

(9) Esto se deduce del v. 4 y 1. Crón., 21, 1 y 2. La elección de Joab y sus oficiales para hacer el censo, demuestra que éste era para fines militares.

(10) 2. Sam., 24, 1, fué en otro tiempo la continuación de 2. Samuel, 21, 1 y siguientes. Refiere este capítulo un segundo caso, durante el reinado de David, en que se manifiesta la ira de Dios contra el pueblo de Israel. Este capítulo está muy desfigurado en el texto masorético, y no puede ya ser rectificado debidamente por medio del texto LXX y de 1. Crón., 21; véanse las observaciones de Wellhausen sobre el mismo capítulo.

Jordan y hacia el Norte, hasta Kades y Orontes. Estaban, pues, ya sometidos estos territorios. Joab empleó en su viaje nueve meses y veinte días.

El vidente Gad, se nos dice, que recibió orden de Dios para anunciar a David el castigo divino. Este puede elegirlo, ó tres años (LXX) de hambre, ó que él mismo tenga que huir durante tres años delante de sus enemigos, ó tres días de peste en todo el país. David escoge lo último, porque prefiere caer en manos de Dios a caer en las de los hombres. Empieza, pues, la peste en los días de la cosecha del trigo (LXX), y mueren 70,000 hombres del pueblo. Mas cuando el ángel exterminador extiende la mano sobre Jerusalén para destruirla, se arrepiente Jehova del mal y le grita que se detenga, que basta ya. El ángel exterminador estaba entonces junto a la era de Aravna (Ornan), el jebuseo (1).

Cuando David ve la devastación que causa la epidemia, ruega a Dios que, ya que él solo ha pecado, el castigo sea para él y para la casa de su padre, y no para el pueblo inocente. Entonces se presenta Gad, aquel mismo día, al rey y le manda construir un altar en la era de Ornan. David se traslada en el acto a aquel sitio, precisamente cuando Ornan estaba trillando trigo (Crón.). Cuando éste ve llegar al rey y su comitiva, le sale al encuentro para recibir sus órdenes, y al saber la pretensión de David, le ofrece graciosamente la era con los bueyes que están trillando, los trillos y los yugos, para que el rey haga holocausto de los animales y sirva lo demás como leña para la hoguera. David no quiere aceptar esta oferta, y compra la era y los bueyes por 50 siclos de plata; levanta el altar y hace en él holocaustos y sacrificios pacíficos, en vista de lo cual Jehova se muestra de nuevo misericordioso con la tierra.

Las guerras ofensivas de David contra pueblos extraños, las cuales, según hemos observado, debieron de ocurrir antes de la gran peste, están reseñadas muy someramente en 2. Sam., 8, al propio tiempo que otros combates que nos son ya conocidos. David dirige sus armas con feliz éxito contra los moabitas, amonitas, arameos y edomitas ó idumeos. El cap. 10 nos describe mas detalladamente los combates contra los amonitas y los reñidos, como consecuencia de aquellos, con los arameos, de cuya descripción se deduce que el acto culpable de David de que fué víctima Urías, acaeció durante estas guerras con los amonitas.

El origen de la guerra con los varios pueblos arameos fué que habían acudido, con muy buen acuerdo político, al socorro de los amonitas, atacados por David. Así se explica que la guerra contra Amon durara varios años, siendo también causa de esto el largo cerco que hubo de ponerse a la capital amonita Rabba (abreviación de Rabbat ben Amon), debido a su fuerte posición. Ahora bien: como en aquellos tiempos solo se salía a campaña en la primavera, permaneciendo a lo sumo todo el verano sobre las armas, no hay duda que el sitio de Rabba debió de ser levantado varias veces, así como reanudada repetidamente la campaña, durante cuyos intervalos restablecía el enemigo sus fuerzas.

Según el cap. 2. Sam., 10, la guerra con los amonitas fué debida a una afrenta que estos hicieron a unos enviados de David. Muerto el rey (2) de este pueblo, envía el de Israel una embajada a su hijo para darle su pésame y felicitarle al propio tiempo por su subida al trono. Los cortesanos del jó-

(1) Desde donde se veía a Jerusalén.

(2) No se indica su nombre en 2. Sam., 10, 1, pero sí el de su hijo Chanun; según 1. Crón., 19, 1, sería aquel el mismo Nachas que, habiendo puesto sitio a Jabes, fué causa inmediata de la proclamación de Saul; mas como a su vez este último pasaje no designa por su nombre a Chanun, deberemos dar la razón a Wellhausen, quien supone que primitivamente no se nombraba a ninguno de los dos.

ven rey persuaden a éste de que los enviados israelitas solo han ido a Rabba para espiar lo que se hace allí, por lo que manda raparles la mitad de la barba y cortarles los mantos por debajo de la cintura, y así escarnecidos los envía a su país. Los delegados de David no se atreven a presentarse ante él en semejante estado, y le anuncian desde el otro lado del Jordán la iniquidad de que han sido víctimas. David les manda decir que permanezcan en Jericó hasta que les vuelva a crecer la barba.

Comprendiendo los amonitas que David no les perdonará la afrenta que le han hecho, solicitan la ayuda de los arameos de Soba, Bet-Rechob, Ischtob y Ma'akha, la cual les es concedida. Las tribus desparramadas en varios pequeños reinos deben oponerse a que el joven reino israelita se extienda más allá de las fronteras de su nacionalidad, de lo contrario llegará a ser para ellas peligroso.

Para vengar el insulto envía David a Joab con un ejército contra la capital de los amonitas. Cuando llega el general israelita delante de la ciudad, le sale al encuentro el enemigo para darle batalla campal, mientras que las tropas de socorro arameas procuran sorprender su retaguardia. Tan pronto como Joab reconoce su difícil posición, destaca rápidamente una parte de sus fuerzas, acaudilladas por su hermano Abisaf, contra los amonitas, y él mismo, haciendo conversión, se arroja sobre los arameos. Estos no pueden resistir su acometida, y cuando los amonitas ven declarados en fuga a sus aliados, se retiran a la ciudad ante las fuerzas de Abisaf. Sin embargo, los israelitas no consiguen conquistar a Rabba en esta campaña.

En el año siguiente, los arameos, para vengar la derrota sufrida, vuelven a reunirse, enviándoles sus contingentes las tribus más lejanas, sin exceptuar las que habitan al otro lado del Eufrates. Como jefe de esta liga aparece Hadad' eser de Soba, y el ejército arameo, acaudillado por Sobak, su general, acampa en Chelam. David pasa el Jordán con el ejército israelita en busca de los arameos, y los derrota, muriendo allí Sobak; los reyezuelos de las tribus arameas abandonan la causa de Hadad' eser y se someten a David. Según 2. Sam., 8, 5 y 6, solo Damasco tuvo que ser tomada a viva fuerza, poniendo allí David un gobernador suyo. To'u, de Hamath, envía a su hijo Hadoram con ricos presentes a David.

El cerco de Rabba solo se efectúa en el tercer año de la campaña, bajo la dirección de Joab. A la circunstancia de encontrarse Urías en el ejército debemos la de tener mayores detalles de este sitio. Joab consigue apoderarse, después de reñidos combates, de los estanques que surten de agua a la ciudad, lo que hace inevitable la entrega de ésta. Joab comunica el hecho a David para que el rey tenga la gloria de la conquista definitiva. David marcha allí con su ejército y toma la ciudad; y además de otras presas, se apodera de la corona de oro del dios amonita Milkom, corona que pesa un talento y está adornada de piedras preciosas. Los amonitas, hechos prisioneros en la ciudad, son empleados como esclavos en las construcciones del Estado (3). Solo después de terminada la guerra contra los arameos vino, según 2. Sam., 8, 13, la derrota y sumisión de los edomitas; y respecto de la de los moabitas no se nos hace indicación alguna de tiempo, mas 8, 2, expresa la gran matanza que se hizo entonces de este pueblo.

V. Los escándalos en la familia de David.

El primero fué causado por el mismo David, el segundo por su desenfrenado y ensoberbecido primogénito, y en el

(3) Véase G. Hoffmann, en la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1882, págs. 66 y siguientes.

último, que fué el fratricidio cometido por Absalon, tuvo también mucha culpa David por no haber sabido mostrar la necesaria energía, á consecuencia seguramente de su propia primera falta.

En un día del tercer año de la campaña amonita se paseaba David, tomando el fresco de la tarde, por la azotea de su palacio de cedro, cuando ve en la de una casa vecina una hermosa mujer que se está lavando. Indagando, averigua que se llama Betsabé (Bat-Scheba) y es hija de Eliam y esposa del guardia real Urías, el hetheo (1). David manda llevarla á su palacio, y ella se somete á sus deseos. La mujer pudo resistirse, si lo hubiese querido; las costumbres orientales la amparaban en su casa, y es muy probable que la ambición la tentara para cometer aquella infidelidad. No debemos, sin embargo, exagerar su culpabilidad, pues no dejaba de ser el rey aquel á cuyos deseos se había sometido, y haría sabemos que los soberanos orientales de la antigüedad creían poseer determinados derechos sobre todas las mujeres de su reino, y que no pocas veces supieron ejercerlos. Ciertamente que esto aminora también la culpa de David; con niño no, hubiera debido elevarse por encima del nivel general de las costumbres de los reyes orientales. Las consecuencias que tuvo este adulterio de David prueban que el criterio mas severo del pueblo israelita lo consideró como un acto infamante.

Betsabé regresa á casa de su marido, y poco tiempo después hace saber al rey que el adulterio ha tenido consecuencias. Por de pronto cree David poder evitar que sea notoria la deshonra, haciendo de modo que Urías pase una noche con su mujer; y con este objeto manda que se lo envíen como mensajero desde el ejército. Urías es recibido cordialmente, y después de haberle pedido noticias sobre el estado de la guerra, se le despide con encargo de que vaya á su casa; detrás de él va un real presente. Mas el plan se frustra, porque Urías se queda á dormir en el cuerpo de guardia del palacio de cedro. Cuando David lo sabe, le pregunta por qué, viniendo de la guerra, no ha visitado su casa, á lo que le contesta Urías que mientras Joab y el ejército de Israel estén acampados bajo tiendas de ramas, no quiere él tener la ventaja de comer y beber en su casa y de dormir con su esposa. Quizá ha llegado á sus oídos algun rumor acerca del honor dispensado á ésta. David le ordena que permanezca todavía aquel día, y le convida á la mesa real, en la cual consigue embriagar á Urías; pero no por eso va éste á su casa. No habiendo tenido éxito la tentativa de hacer pasar al marido engañado una noche con su mujer, y temiendo que se haga público lo que desea ocultar, el rey, en su desesperación, se vale del siguiente medio para evitarlo. Entrega á Urías una carta para Joab en la que manda á éste que coloque al dador en el punto de mayor exposición y le deje allí desamparado para que muera. Así sucede, y Urías sucumbe, juntamente con varios otros siervos de David, en una salida que hacen los sitiados. Un mensajero especial lleva la noticia al rey. Betsabé lleva luto por su marido el tiempo acostumbrado, y es luego esposa de David, al cual da un hijo.

De este modo, como es de suponer, el hecho escandaloso fué evidente para los mas perspicaces. Si el rey se casaba con una mujer embarazada, sus motivos especiales debía de tener para ello. La opinión pública juzgó también como se merecía aquel acto del rey.

Expresión del sentimiento popular en aquellas circunstancias, es la parábola que Natan refiere al rey como un caso de litigio que ha de decidir. Se trata de un hombre rico que sirve

(1) Como su nombre lo indica, es adorador de Jehová; Betsabé procede de buena familia, y si su padre era el capitán Eliam, mencionado en 2. Sam., 23, 34, su abuelo paterno era el astuto Achitofel de Gilo, el alma de la conspiración de Absalon.

á su huésped el único cordero que tenía el hombre pobre. El rey pronuncia su propia sentencia al exclamar indignado que aquel rico debe morir si no devuelve siete veces el cordero robado (2). Natan hace entonces reconveniones á David, el cual se reconoce culpable, y el profeta le anuncia que si bien él mismo no morirá, perderá, en castigo, al hijo que le ha nacido del adulterio.

Efectivamente, el niño cae enfermo. David ruega á Dios día y noche por su vida, ayuna y duerme sobre la tierra dura. Los ancianos de su casa (sin duda sus hermanos y tíos) procuran en vano hacerle levantar y tomar algun alimento. Al séptimo día muere el niño, y nadie se atreve á comunicar á David la triste nueva; pero el rey deduce lo sucedido de la manera recatada como hablan entre sí sus siervos, y les interpela. Con grande asombro de todos, se levanta cuando le contestan que el pequeñuelo ha muerto, toma su baño, se unge, muda sus ropas y pide de comer y de beber. A los que le preguntan admirados por qué procede así, contesta que ha ayunado y rogado mientras había esperanza de que Dios se apiadara de él; pero sabiendo ya que el niño no volverá á él, se consuela, porque él irá al niño. David consuela á Betsabé y ésta le da después un segundo hijo, al que se pone el nombre de Salomon. David le confía á Natan para su educación, y éste le apellida Jedidya.

No hay necesidad de demostrar que fué la muerte del niño la que primero suscitó la idea de que había sido un castigo divino por la mala acción cometida, y que de aquí se derivó el cuento de Natan.

El segundo escándalo fué originado por Amnon, primogénito de David, habido en su mujer Achinoam. Este jóven se enamoró de su hermosa hermana de padre Tamar, hermana carnal de Absalon é hija de Ma'akha, de la familia real de Geschur. Como no puede acercarse á la doncella, padece Amnon y llega á enflaquecer. Su amigo y primo, el astuto Jonadab, hijo de Schim'as (3), hermana de David, descubre su malestar é insiste para que le comunique la causa; y cuando la conoce, le aconseja que se haga el enfermo y suplique al rey, en ocasión que vaya á visitarle, que le envíe á Tamar para que le haga una torta á su vista. David satisface el deseo de su primogénito enfermo y le envía á Tamar. El enfermo desea comer solo y en su alcoba, y Tamar, no sospechando malicia alguna, le lleva allí la comida; entonces él la sujeta y la atormenta para que ceda á su pretensión. La jóven conjura al hermano que la suelte y que no haga caer sobre ella una deshonra que la obligaría á ocultarse de la gente; que pida su mano al rey, el cual seguramente no se la negará (4). Mas él, ofuscado por la pasión, no hace caso de las súplicas de la jóven, y la fuerza. Una vez consumado el acto, se despierta también en Amnon el sentimiento de la mancha indeleble que ha echado sobre sí; esto hace que el objeto de su pasión le sea tanto mas odioso cuanto mas le había querido antes, y arroja á la infeliz de su lado. Ella se resiste y le suplica que no añada un mal mayor al que ya le ha hecho; pero él ordena groseramente á sus criados que la echen fuera y así lo hacen, cerrando la puerta tras ella.

La dos veces deshonrada de este modo rasga sus vestidos,

(2) Así lo dice correctamente la versión de los LXX. En el texto masorético se ha emmendado este pasaje porque contradecía la ley del Ex., 21, 37.

(3) También se le da el nombre de Schamina.

(4) De esto se desprende que semejantes matrimonios entre hermanastros, que en la corte egipcia eran una cosa muy admitida, si bien desusados en Israel, no eran sin embargo considerados como prohibidos entre los israelitas. No hay manifestación alguna de que Amnon haya cometido incesto. Su delito consiste, primero, en haber deshonrado á una doncella, y luego en negarse á subsanar el mal hecho, por medio del matrimonio.

esparce ceniza sobre su cabeza y se va lamentándose á gritos. Su hermano Absalon la consuela y la ruega que no tome tan á pechos su desgracia, asegurándole que puede quedarse en su casa. Cuando el rey tiene noticia de este hecho, se muestra muy airado, pero no interviene en él para nada (1). Como David, por su exagerado cariño á su primogénito, ni castiga á éste, ni le obliga á casarse con Tamar, recae sobre Absalon, el hermano, el deber de vengar tamaña afrenta; mas no habla ni en bien - esto es, no da paso alguno para obtener de Amnon que se case con Tamar - ni en mal, no dice palabra alguna sobre el asunto á Amnon. Se ahorra hablar sabiendo que ha de vengarse cuando se presente ocasión favorable para ello, y mientras la aguarda procurará inspirar seguridad al miserable. Sikilab, el segundo hijo de David, segun 2. Samuel, 3, 3, había muerto ya, y entonces tal vez Absalon tenía motivos especiales para que el asunto no se arreglase amigablemente, porque vengándose podía quizá, al propio tiempo, acercarse al trono.

Dos años después del hecho, cuando todo parecía ya olvidado, Absalon encuentra ocasión para realizar su venganza. Posee en Baal-Hasor una hacienda, y va á celebrar allí la fiesta del esquilero; convida á ella al rey y á toda la corte, pero le dice David que si todos van le serán demasiado molestos. Como á pesar de sus ruegos el rey no cede, Absalon le suplica entonces que á lo menos deje ir á Amnon. Aunque David le pregunta por qué ha de ir Amnon precisamente, tanto le importuna Absalon, que consiente al fin en que vaya su primogénito y con él todos los demás príncipes. Cuando Amnon empieza á animarse por el mucho vino que ha bebido, hace Absalon á sus criados una señal convenida de antemano y ellos le asesinan. Horrorizados los príncipes montan en sus mulos y huyen hácia Jerusalem, adonde llega antes que ellos el rumor de que Absalon ha mandado asesinar á todos los hijos del rey. David rasga sus vestidos y se arroja al suelo, y todos los que le rodean rasgan también sus vestidos. Entonces el astuto Jonadab observa que es inverosímil el rumor de que hayan sido muertos todos los príncipes, y que es mas probable que Amnon haya sido la única víctima, porque desde el día en que éste hizo violencia á Tamar, se había notado una expresión de funesto presagio en el semblante de Absalon, y por lo mismo cree que el rey no debe dar crédito á aquel rumor. Entretanto el vigía de la fortaleza anuncia que baja un grupo de hombres por el camino de Horonaim (LXX). Jonadab ve en ello la confirmación de su parecer. En aquel momento entran los príncipes sollozando y comunican la noticia del asesinato. Absalon ha huido á casa de su abuelo Talmai, de Geschur, y permanece allí tres años desterrado.

Durante este tiempo se había mitigado el dolor del rey por la muerte de su primogénito; advirtiendo Joab su disposición conciliadora, resuelve aprovecharla en favor de Absalon. Sin embargo, no se atreve á proceder por sí mismo, y para que la instancia haga mas efecto, incita á una astuta mujer de Tekoa para que se presente al rey con ropas de luto, las mas miserables, y le diga lo siguiente:

Que es una viuda y tenía dos hijos; que en una riña que tuvieron estos en el campo, y no habiendo quien los separase, el uno mató al otro; que á la sazón toda la parentela le exige que entregue al asesino para hacerle morir; y que de este modo apagarán el ascua que le ha quedado y no existirá ya en Israel el nombre de su difunto marido.

El rey le dice que vuelva tranquila á su casa y que ya dispondrá lo mas conveniente acerca del asunto. La mujer ma-

(1) Esto falta en el texto masorético, pero se conserva todavía en los LXX.

nifiesta intencionadamente que la culpa recae sobre ella y la casa de su padre, mas que el rey y su trono son inocentes. Esto quiere decir que, si á pesar de todo el asesinato es vengado por la familia, el rey será culpable por no haber intervenido enérgicamente. Entonces David replica que presente ante su trono al varon que á nombre de la familia le ha hecho aquella exigencia, para ordenarle que la deje en paz.

La mujer no se decide todavía á marchar, y suplica al rey que jure por Dios que nada sucederá á su hijo. Júrale David que no será tocado ni un pelo de la cabeza de su hijo. Mas la porfiada no se mueve del sitio, si bien ha conseguido ya el fin que en apariencia se había propuesto, y pide permiso para decir una palabra mas; le es concedido, y entonces pregunta: ¿Por qué el rey se muestra tan severo con el pueblo de Dios, que no hace volver á su desterrado? Añade que el rey con sus anteriores palabras se ha reconocido culpable, y le ruega que considere que la vida humana corre tan rápida como el agua que absorbe la tierra, y que, como ella, no puede volver á recogerse, y que Dios no quita la vida al que se propone no tener siempre léjos de sí al desterrado (2); que ha querido decir esto al rey porque las gentes le han puesto miedo, y espera que los amparará á su hijo y á ella, confiando en la palabra real, pues el rey escucha como un ángel de Dios todas las quejas, y le desea todo bien.

David pregunta entonces á la mujer si le quiere decir la verdad, y si es cierto que viene enviada por Joab. Ella confiesa francamente que así es, y que el rey tiene tanta sabiduría como el ángel de Dios para conocer las intenciones.

Joab recibe en seguida orden de hacer volver al mozo Absalon, y Joab se postra entonces en tierra y reconoce el favor que le dispensa su rey, marchando luego en busca de Absalon.

Mas fuéle negado al fratricida ver el rostro de su padre, recibiendo orden de irse á su casa. Durante dos años estuvo en Jerusalem sin ver á su padre, lo que acabó por serle insupportable. Suplica á Joab que vuelva á servir de mediador; pero éste no parece dispuesto á ello y no se presenta en casa de Absalon, el cual no consigue ser mejor atendido cuando por segunda vez le hace igual súplica. Entonces el violento hijo del rey manda á sus servidores que peguen fuego al campo de cebada de Joab; y cuando éste se presenta para quejarse de semejante acto, Absalon le dice que su objeto es obtener de él que diga al rey que para estar en semejante situación mas le valiera haberse quedado en Geschur; si el rey le encuentra culpable, que le mande matar. Joab consigue el permiso del rey para que se le presente su hijo, en cuyo acto Absalon se postra en tierra sin decir palabra ante su padre, el cual le devuelve su gracia dándole un beso.

VI. Rebelion de Absalon (8).

Las crueles vicisitudes por que acaba de pasar el hijo del rey, no han podido humillar su soberbia ni ablandar su corazón; por el contrario, han fortalecido su osadía y avivado el ardiente deseo de venganza por la injusticia de que se cree víctima. Tan pronto como Absalon vuelve á obtener el favor del rey, hace el mas extenso y artero uso de las prerogativas que le competen como sucesor al trono, para arrebatarse á su padre el favor del pueblo y captárselo en beneficio propio.

(2) Véase Ewald. Muy distinto en los LXX.

(3) Esta ocurre hácia el final del reinado de David. Absalon había nacido en Hebron, y tenía cuando menos veinte años de edad al ser asesinado Amnon; segun 2. Sam., 13, 38, estuvo tres años desterrado en Geschur; segun 2. Sam., 14, 28, pasó dos años en Jerusalem antes que pudiera presentarse á su padre, y segun 2. Sam., 15, 7, durante cuatro años se ocupó en captarse el favor del pueblo.